

Cincuenta años de Joaquín Mortiz

Una aventura intelectual

Víctor Ronquillo

No se podría comprender la literatura mexicana contemporánea sin la editorial Joaquín Mortiz, fundada por Joaquín Díez-Canedo Manteca. Con testimonios de diversos autores y editores, Víctor Ronquillo recorre el medio siglo de la existencia de un sello canónico para las letras mexicanas.

I

Para definir lo que Joaquín Mortiz representa para la literatura mexicana, puede imaginarse lo que sería ésta sin obras de autores como Paz, Del Paso, Ibarregui, Arreola, Xirau, Sabines, Elizondo, Leñero... Cinco décadas después de su fundación puede decirse que la apuesta de Joaquín Díez-Canedo por la literatura mexicana resultó ganada.

Vicente Leñero se encuentra frente a su máquina de escribir, una pequeña, portátil. Ésta luce en el corazón de su estudio de veterano escritor, en su casa de San Pedro de los Pinos, en la Ciudad de México. Lo que le ocurrió a Leñero es una experiencia similar a la de muchos lectores de los libros publicados por Joaquín Mortiz: un libro resultó crucial en su vida. Fue a finales de 1963. El joven escritor llamado Vicente Leñero llegó a las oficinas de la editorial con una de sus más representativas novelas, *Los albañiles*, bajo el brazo; venía de sufrir una decepción. Después de un año de espera, la novela, en la que había trabajado por un año con el apoyo del Centro Mexicano de Escritores, había sido rechazada por el Fondo de Cultura Económica. Tiempo después, cuando se publicó como ganadora del premio Biblioteca Bre-

ve de Seix Barral, uno de los más importantes de entonces, todo cambió, y no sólo en la vida de Leñero, también en la literatura mexicana contemporánea.

Desde una perspectiva distinta, la experiencia del libro que amplía horizontes, que transforma al lector, ha sido vivida por muchos. La historia de Joaquín Mortiz es la historia de la aventura intelectual de Joaquín Díez-Canedo, editor de obras fundamentales en la literatura mexicana.

Más de una generación de escritores descubrió la literatura en las páginas de los libros publicados por Mortiz. Rosa Beltrán recuerda lo que esos libros ofrecían a los jóvenes lectores de hace tres décadas:

Era una garantía comprar cualquier libro de esa editorial. Esperabas al siguiente autor publicado porque sabías que en esos libros florecía una forma de decir que tenía ante todo una intención literaria.

Margo Glantz dice convencida: “Se trata de una editorial esencial para la cultura de México”.

José Agustín define, con la perspectiva de los años, lo que significaba para cualquier escritor publicar en Joaquín Mortiz: “Era la editorial más prestigiosa en ese mo-

mento. Publicar ahí era dar un hit y de inmediato ir a las ligas mayores”.

Fue hace cincuenta años, en 1962, cuando Joaquín Díez-Canedo fundó una editorial animada por la literatura, avocada a los intereses de un creciente público lector. Jesús Anaya Rosique, investigador académico sobre la historia de la industria editorial mexicana y quien ocupara junto con René Solís la dirección del grupo Planeta México en la década de los noventa, apunta con tino de especialista: “Si revisamos el catálogo editorial y la historia profesional de un gran editor no hay duda de que la de Mortiz es la historia de una aventura editorial impresionante”.

Justo al cumplir veinte años de laborar en el Fondo de Cultura Económica, Joaquín Díez-Canedo tomó la decisión de marcharse, de dejar atrás una fructífera labor cuyo legado son dos colecciones fundamentales en nuestro acervo literario, Letras Mexicanas y Tezontle. Lo esperaba la creación de una editorial que ampliaría los horizontes de nuestra literatura. Con suma modestia, de acuerdo con su estilo de pocas y justas palabras, Díez-Canedo recordó en alguna ocasión, al ser entrevistado por Paloma Ulacia y James Valender: “Nuestra idea era sobre todo editar literatura: novela, poesía y cuento”.

Por su parte, Joaquín Díez-Canedo Flores señala:

Hay que recordar que Mortiz empezó traduciendo novelas importantes, publicando por ejemplo a Goytisolo, traduciendo novelas de Susan Sontag o de William Styron, traduciendo a Marcuse, porque la editorial también tenía una línea de ensayo. Desde luego, también publicando a los autores mexicanos. Yo creo que no hay un solo escritor de valía, que haya escrito algo entre la década de los años sesenta y la de los ochenta, que no tenga al menos un libro publicado en Mortiz.

Los libros publicados en las colecciones Serie del Volador, Nueva Narrativa Hispánica, Novelistas Contemporáneos, Confrontaciones, Cuadernos y Las Dos Orillas, significaron la renovación de la sensibilidad de una época; el descubrimiento de la palabra de los jóvenes; la innovación del imaginario de los lectores; la generosa divulgación de escritores determinantes en nuestras letras; la noticia de la novísima literatura universal.

Joaquín —recuerda Margo Glantz— parecía un cascarriabias, pero era un caballero español, y al mismo tiempo era muy mexicano. Más allá de esa actitud como renuente, digamos, logró formar una editorial muy sólida, de la cual no podemos prescindir. La gran literatura mexicana está ahí.

...Y todo comenzó en la década de los años sesenta, en plena efervescencia de la cultura, una auténtica épo-

ca de renovación sin precedentes. En el libro *Rte: Joaquín Mortiz*, publicado en ocasión del homenaje que la Universidad de Guadalajara organizó a Joaquín Díez-Canedo en el marco de la VIII Feria Internacional del Libro, José Emilio Pacheco apunta en el texto *Guaymas 33 / Tabasco 106*:

Fue una dicha ser joven en los sesenta: editoriales, libros, autores, librerías, revistas, público, todo se conjuntó para hacer de aquellos breves años de 1962 a 1968 lo que hoy vemos como una pequeña edad de oro mexicana.

Y la editorial Joaquín Mortiz fue uno de los pilares sobre los que se edificó la ilusión de entonces, con su apuesta por la literatura, el arte, la reflexión...

II

De Joaquín Díez-Canedo muchos guardan los mejores recuerdos: un editor como pocos, con la sabiduría que entraña el oficio.



Aurora Díez-Canedo, su hija, recuerda:

Mi papá tenía como habilidad un buen ojo para los libros. Sabía mucho de los libros como objetos físicos. Nunca le gustaron los libros demasiado exquisitos, le gustaban los libros bien hechos, muy limpios, con buena tipografía. Le gustaba el papel, tenía esa parte como técnica; era hábil con las manos. Era muy bueno con las tijeras, recortaba papel, hacía *dummies*, me acuerdo que hacía los *dummies* de ciertos libros que le importaban mucho. Diseñaba las páginas interiores, decidía el tamaño de los libros.

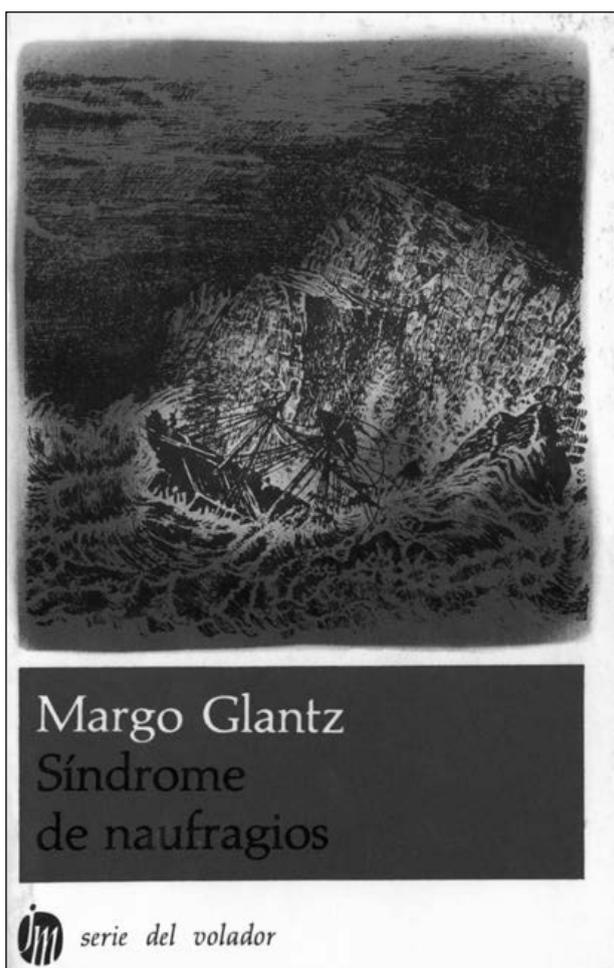
Joaquín Díez-Canedo nació en Madrid en 1917. Su padre, Enrique Díez-Canedo, fue en el más cumplido sentido de las palabras un hombre de letras. Sólo por mencionar a algunos de sus amigos vale recordar a José Ortega y Gasset, Pedro Salinas y Alfonso Reyes.

Cuando joven en España, escribía poesía —refiere Aurora Díez-Canedo—, pero teniendo una figura como mi abuelo, que era poeta aunque acabó siendo sobre todo crítico literario, o como Juan Ramón Jiménez, a quien admiraba mucho, fue, cómo decirlo, un poco tímido para seguir escribiendo. Escribió algunos poemas de circunstancia, cosas un poco en broma, aunque sabía, por supuesto, mucho de métrica, de poesía española, de la literatura del Siglo de Oro. Tengo la impresión de que tenía otro tipo de

iniciativa. No lo imagino como escritor, siempre estaba entregado a su trabajo editorial.

Los avatares de la Guerra Civil española trajeron a Joaquín Díez-Canedo a México en 1940: uno de tantos exiliados cuyo destino ensanchó nuestra cultura. El joven Joaquín había editado la revista *Floresta de Prosa y Verso* antes de combatir a favor de la República. Después se mantuvo en la clandestinidad en Madrid hasta que logró viajar a bordo del *Quanza*, vapor de bandera portuguesa, a México, donde lo esperaba su familia.

Algunas veces me dijo que le gustaría escribir sus memorias que, por cierto, es algo que le debemos —apunta Aurora—. Me decía que lo que más le hubiera gustado escribir era sobre su salida de España; creo que más bien le habría gustado escribir una novela sobre lo que ocurrió entonces. Tenía apenas veinte años. Fue una situación muy complicada. Tuvo que salir en coche, cruzar la frontera, llegar a Lisboa y ahí ir de un lado para otro; nos contaba que una noche dormían en un lugar y otra en otro. No tenían dinero. Imagino que huyó sólo con lo puesto. Después de un tiempo logró entrar en contacto con gente de la embajada mexicana y ahí esperó a que mi abuelo le hiciera llegar dinero, a él y a un amigo suyo con el que había salido de España. Por fin logró embarcarse.



“Joaquín M. Ortiz” era quien remitía las cartas del joven Joaquín... a quien llegaban noticias del otro lado del mar. Un nombre ficticio, ideal para una editorial literaria.

David Martín del Campo entrevistó a Joaquín Díez-Canedo con el propósito de escribir una amplia semblanza sobre este personaje de la cultura mexicana. Sobre el origen del nombre de la editorial refiere el escritor y periodista:

Cuando estaba en el exilio le mandaba cartas a su madre en Madrid. No ponía su nombre porque esas cartas estaban sujetas a inspecciones por parte de los espías del franquismo, quienes querían saber qué pasaba con los exiliados. Por lo tanto, ponía de remitente el apellido de su madre. El segundo apellido de ella era Manteca, y entonces él se ponía Joaquín Manteca Ortiz, Joaquín M. Ortiz, Joaquín Mortiz. Lo que da nombre a la editorial es ese remitente, este alias, podemos decir, de guerra.

Al inicio de la década de los años cuarenta Joaquín Díez-Canedo es uno de tantos jóvenes —como Jaime García Terrés, Alí Chumacero, José Luis Martínez, Leopoldo Zea— que buscan su futuro en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, por entonces alojada en el edificio de Mascarones.

Tiempo después, el joven atendedor que decidió trabajar para sacar adelante los gastos de su familia se convertiría en el gerente de producción del Fondo de Cultura Económica, donde dejó la profunda huella de colecciones tan importantes como Breviarios, que se inició en 1948. Pero la apuesta estaba echada... y Joaquín Díez-Canedo siguió su destino.

“Entonces con unos amigos —dijo don Joaquín alguna vez con la certeza de sus pocas palabras— creé una editorial”.

Esos amigos fueron el editor Vicente Polo, Jorge Flores, encuadernador, y Carlos Barral y Víctor Seix, de editorial Seix Barral.

El primer libro de la Serie del Volador fue *La feria* —apunta Joaquín Díez-Canedo Flores—. Vale la pena recordar el precioso diseño de Vicente Rojo. Se trata de estos pequeños recuadros de color, de plasta sólida, alguno negro; con letra blanca dice El Volador, y trae alguna imagen con unas entrecalles blancas. En El Volador también publica varios libros Salvador Elizondo, que representa el otro lado de la literatura mexicana. Luego se publican algunas traducciones importantes, como *La larga marcha*, de Styrón, o a autores como Juan Gil-Albert. Se publicó *Cuadrivio* de Octavio Paz, a Claude Lévi-Strauss, en fin, era una colección muy diversa, de circulación muy ágil. Fue la colección que más títulos publicó de todas las de Mor-

tiz. Tuvo libros muy exitosos. Los primeros de Ibarra-Guio se publicaron ahí, los de narrativa de José Emilio Pacheco: *El principio del placer* y *Morirás lejos*.

Bernardo Giner de los Ríos, quien por veintidós años fue uno de los motores del trabajo cotidiano en la editorial, en el texto “Los empeños de una casa”, publicado en el mencionado libro-homenaje *Rte: Joaquín Mortiz*, define las coordenadas que orientaron los pasos de una de las empresas culturales más importantes del México pos-revolucionario:

Las primeras colecciones que aparecieron tenían un claro enfoque del momento contemporáneo mundial: no sólo se prestaba atención a la literatura en nuestra lengua, sino que el catálogo incluía cuidadas traducciones de autores internacionales. Varios títulos que no podían hacerse en España por los problemas de censura pasaron a enriquecer las líneas de Mortiz.

III

Con la perspectiva que ofrecen los años transcurridos puede decirse que Joaquín Mortiz fue la editorial de la literatura mexicana.

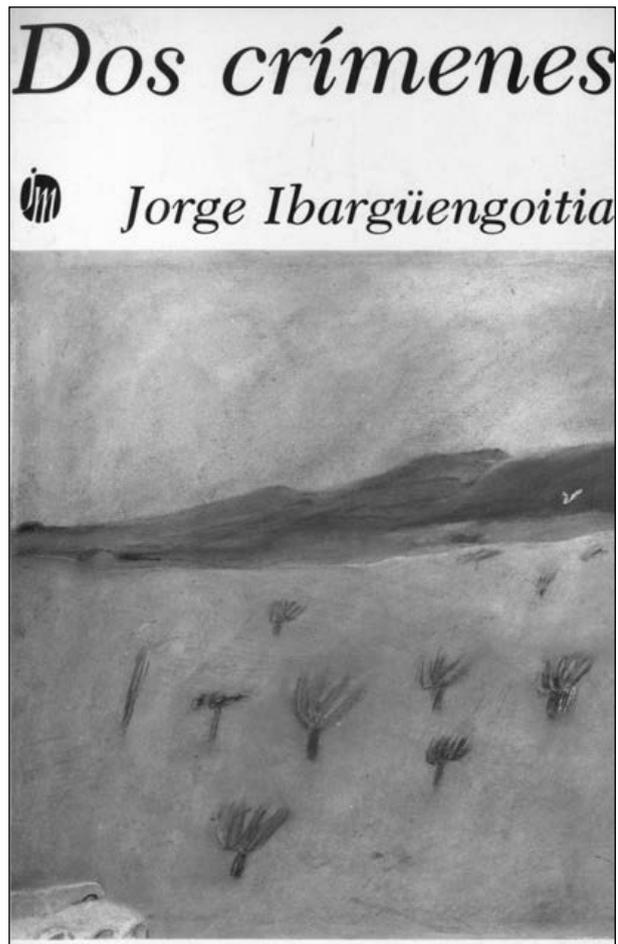
“Le recomendé a Gustavo Sáinz, a José Agustín, y él decía con cierto humor: ‘Vamos a ver lo que escriben estos muchachitos’...”, recuerda Vicente Leñero, quien en alguna época fue uno de los revisores de la editorial, como José Emilio Pacheco o José Agustín.

Ignacio Trejo fue otro de los lectores de Mortiz:

Varios autores, entonces primerizos, fueron colocados, si vale la expresión, por mí, con aceptación de don Joaquín; pienso por ejemplo en David Toscana, en Juan José Rodríguez, en el primer libro de Jorge Volpi. Fueron muchos los libros de entonces autores desconocidos que después de publicar con Mortiz ocuparían sin lugar a dudas un lugar en nuestras letras.

Las anécdotas que acompañan a la labor editorial de Joaquín Díez-Canedo son muchas. Para la elección de un texto el punto de partida fue siempre la calidad; con mucha frecuencia el editor apostó por los jóvenes. José Agustín y una de sus novelas más significativas, *De perfil*, definen y apuntalan el catálogo de Joaquín Mortiz.

Cuando don Rafael Jiménez Siles me descubrió como autor, me dijo: *A ver, tráigase su novela, si me gusta se la publicamos*. Se la llevé y le encantó, verdaderamente lo paró de pestañas. Entonces me preguntó: *¿Dónde quiere publicarla? ¿Con Era, con Empresas Editoriales, con Novaro? Todo se lo arreglamos*. No, le dije, *mi sueño es publicar*



con Joaquín Díez-Canedo en Joaquín Mortiz. Don Rafael, hombre de pocas palabras pero de grandes acciones, tomó el teléfono y en mi presencia le dijo a Joaquín: *Estoy con un autor excepcional, tiene una novela maravillosa, si ustedes se la publican las Librerías de Cristal les compran dos mil 500 ejemplares de salida. Quién es ese cuate*, dijo don Joaquín. *Pues José Agustín... Ah, ya, lo conozco rebién, por favor mándamelo para acá*, le respondió. Al día siguiente estaba yo firmando contrato por *De perfil*.

Eran los primeros días de noviembre de 1963 cuando Vicente Leñero sufrió la decepción de ver rechazada *Los albañiles*.

Pasó un año —recuerda Leñero— de que había llevado al Fondo de Cultura Económica la novela y no tenía respuesta. Finalmente me llamaron para decirme que la rechazaban. Alguien me llamó para decirme lo que le dicen siempre en las editoriales a los jóvenes que deciden no publicar: la editorial tiene muchos libros, estamos muy atrapados. Fui a ver a Joaquín. Claro que no le dije que yo venía del Fondo, aunque fue el mismo día que me habían rechazado la novela. A los pocos días me llamaron de su parte. Joaquín me citó y, cuando llegué a verlo, me dijo que le había interesado mucho la novela. Me habló de que había un premio de Seix Barral, el de Biblioteca Breve, que un año antes se lo habían dado a Vargas

Llosa por *La ciudad y los perros*. Me propuso que enviáramos la novela al concurso; insistió en que aunque no lo ganara él la publicaba.

Distintas generaciones de lectores descubrieron en las páginas de los libros editados por Joaquín Mortiz no sólo a la literatura, sino su vocación de escribir.

Recuerdo que cada vez que me acercaba a uno de esos libros solía subrayarlos —dice Rosa Beltrán—. Subrayaba una frase que me había impresionado, un giro, una manera de narrar, una situación climática, que entonces no llamaba de ese modo, sólo sabía que los hechos desembocaban de una manera concreta. Fue así como aprendí cuáles eran los mecanismos, las herramientas usadas por los escritores, pero estoy diciendo todo esto de manera muy técnica; la verdad es que esos libros marcaron mi vida.

Jesús Anaya propone un balance del legado de Joaquín Mortiz:

Las dificultades comerciales de Mortiz provocaron que a los veinte años de haberse creado, en 1983, después de la enorme crisis económica que sacudió a México en 1982, se llegara a un acuerdo con el Grupo Planeta. Lo que decía don Joaquín es que le prometieron que iban a respetar el catálogo editorial, que iban a publicar a nuestros autores en España. Ninguna de esas cosas sucedieron y Joaquín Mortiz dejó de ser el proyecto que había creado don Joaquín. Cuando René Solís y yo entramos a dirigir Planeta en México, lo primero que hicimos fue reevaluar la herencia que teníamos de Joaquín Mortiz, como la definimos entonces, y creo que es justo, como la editorial de la literatura mexicana contemporánea. En el lapso que va de 1997 al 2006 hicimos todos los intentos posibles por volver a lo que había sido la editorial, por supuesto en condiciones distintas del país, de la cultura y la economía. Intentamos recuperar el proyecto original; sin embargo, cuando salimos de Planeta, la editorial se convirtió en algo que no tiene nada que ver con ese proyecto.

Cuando todo parece consumado, cuando parece inevitable hablar del legado de Joaquín Mortiz, vale abrir de nuevo las páginas de los entrañables libros de la Serie del Volador, generosa provocación literaria donde publicaron muchos de los jóvenes escritores de entonces, hoy consolidados en nuestra literatura; los libros de Nueva Narrativa Hispánica y sus audaces propuestas narrativas y estéticas; los de Novelistas Contemporáneos, verdaderos clásicos de la literatura de nuestro tiempo, y los de Las Dos Orillas, la voz poética del continente de nuestra lengua.

Joaquín Mortiz, una editorial literaria en el más generoso sentido de la palabra. **U**